



## COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

### EL SALONCILLO DE "ALHAMBRA"

Hablar de lo que representó el Teatro "Alhambra", situado en Consulado y Virtudes, en el cultivo del género vernáculo resulta obvio, pues ya el público habanero expresó su opinión en tal sentido a través de los treinta y tantos años que duró su ininterrumpida temporada.

Vamos, sin embargo, a referirnos al ambiente que se vivía en pleno escenario, de candilejas para adentro, mientras los espectadores aplaudían unos versos recitados por Regino, reían los chistes de la Trias, de la Becerra, de Acebal y de Otero o admiraban la espléndida belleza de Luz Gil y de Amalia Sorg. Aquellos artistas que noche tras noche iban a recibir por parte de los concurrentes, un cálido premio a su esfuerzo, en medio de un clima de sano regocijo —como dijera cierta vez el cronista Enrique Uthoff— formaban una familia cordial bajo la tutela cariñosa, pero siempre respetada de esa gran figura de nuestro teatro que se llamó Regino López.

En aquel escenario se trabajaba con absoluta seriedad y no se admitía siquiera en dicho lugar ni a ese tipo de admirador tonto o admirador interesado que tiene acceso a todos los escenarios del mundo y que con cualquier pretexto llega hasta el camerino de su artista preferido provocando en ocasiones incidentes cómicos o sucesos desagradables. Tampoco entraban funcionarios, ni periodistas a título de tales. Para traspasar los umbrales de tal templo que cada cual se forjaba a su manera, sólo hacía falta exhibir un título: amigo de la casa.

Y de aquella corriente de afecto y sencillez que reinaba entre artistas, músicos, autores, tramoyistas y empresario de "Alhambra" también participaba el público que bien lo demostró cuando una noche aciaga, la imprudencia de una colilla de cigarro dejada al descuido, dió origen a un pavoroso incendio en medio de la representación. Al revés de lo que ha ocurrido siempre en los momentos de una conflagración semejante en un coliseo, los asistentes al espectáculo no acudieron a las puertas de salida en confuso tropel impulsados por el pánico, sino que despojándose muchos de ellos de los sacos de vestir se dispusieron a colaborar con artistas y empleados, antes de que acudieran los bomberos para arrebatarle a las llamas lo que ellos consideraban también como cosa propia.

Pero había en el escenario de "Alhambra" un camerino de peculiares características, compuesto de dos piezas, fungiendo la primera como saloncillo de la empresa para recibir a sus amistades. La posterior la ocupaba nuestro padre, aunque ya algo retirado de la escena en la época a que nos referimos, para la caracterización de los distintos personajes que interpretaba en las obras que allí se representaban.

Convertida en peña artística, literaria, deportiva

o política, ¡qué interesantes tertulias se celebraban, noche tras noche, en dicho saloncillo en el cual Federico Villoch, el más fecundo de los autores cubanos, al par que empresario de dicha compañía y nuestro padre rendían los honores de la casa a los visitantes!

Había desde luego, los asiduos, entre los cuales encontrábase esa otra gran figura del género vernáculo que responde por Agustín Rodríguez; Tomás Juliá, combativo periodista y director de "La Discusión"; el chispeante y valeroso Julito Gaunard; Félix Soloni, incansable escritor e impenitente bohemio; Sergio Carbó, que se daba sus saltitos a menudo hasta dicho lugar, cuando la dirección de "La Semana" se lo permitía; el agudo caricaturista Roseñada; nuestro fraterno Octavio Valdés de la Torre y nosotros.

Citar la lista de todos los visitantes accidentales nacionales y extranjeros que conocieron de tan deliciosas horas en el saloncillo de "Alhambra" sería labor fatigosa, pero para concebir una idea aproximada de su número y calidad, basta decir que jefes de Estado cubanos y de otros países figuran en ella, así como los distintos alcaldes que tuvo la ciudad a través de aquella época. Estrellas del deporte: Almeida, Marsans, Mike González, Luque, John M. Graw, Jack Johnson, Kid Chocolate, Juan Carlos Casalá, Kid Charol, Ralph de Palma y otros, estamparon simbólicamente su firma en el imaginario libro de entrada y lo mismo hicieron artistas de reconocida fama como Amletto Novelli, Ruggiero Rugeri, Carlo Dusse, Emilio Tuhilier, Vilches, Borrás, Tita Ruffo, el bajo Mansueto, el Maestro Serafini. Pintores y dibujantes como Zuloaga, Pinazo, Graner, Amalio Fernández, García Sánchez, no pueden dejar de citarse en esta narración y el grupo de periodistas, literatos y poetas se antoja interminable. A veces era el pulcro Villaespesa y en ocasiones el gitano García Lorca los que llevaban la representación de las musas. El rebelde Santos Chocano y el locuaz Felipe Sassone representaban al nuevo mundo y tuvimos oportunidad de escuchar al hiperbólico Valle Inclán, al anecdótico Don Jacinto Benavente, al legalista Linares Rivas, al observador Waldo Frank, al exuberante Blasco Ibáñez y tantos y tantos otros.

Una noche, después de la función, como piadoso atenuante, el techo del legendario "Alhambra" vino al suelo a semejanza de las viejas torres que cantara el poeta, sepultando en su caída todo un pasado amable.

Cuando al siguiente día, algunos de sus habituales espectadores cruzaron por dicho lugar, sintieron que sus pupilas se hundían con las mismas lágrimas de tristeza que habitualmente rodaron por las mejillas del Rey cuando se despedía también de la otra "Alhambra", la granadina, que perdía para siempre.